

**Rocío Londoño B.**

*Sociólogo,*

*Profesora Asociada,*

*Universidad Nacional de Colombia.*

**Mauricio Archila Neira,**  
**Cultura e Identidad obrera,**  
**Colombia 1910-1945, Ed. CINEP, Bogotá, 1992, 475 pp.**

La investigación cuyos resultados Mauricio Archila expone en este libro es sin lugar a dudas uno de los esfuerzos de mayor aliento en la historiografía colombiana por abordar los procesos de la formación de la clase obrera a partir de nuevos interrogantes y mediante la utilización de fuentes inéditas o poco utilizadas en los estudios existentes sobre los trabajadores, los movimientos y las organizaciones sindicales colombianas.

Quienes hemos seguido con atención las publicaciones de Archila vemos en este libro una síntesis bien lograda de sus investigaciones sobre los obreros de Barrancabermeja ("Aquí nadie es forastero", CINEP 1986), la clase obrera en Bogotá y Medellín ("Ni amos ni siervos", CINEP 1987), los trabajadores barranquilleros ("Barranquilla y el río", 1987) y sus dos ensayos sobre la historia de la organización y las luchas de los trabajadores en el período comprendido entre 1885 y 1945 ("La clase obrera colombiana (1886-1930) y (1930-1945)", Planeta 1989). Sobra entonces advertir que estamos frente a una obra que tiene tras de sí una persistente y dispendiosa labor de investigación sobre temas que, salvo excepciones como los trabajos de Alberto Mayor y Luz Gabriela Arango, han sido poco indagados en Colombia.

La estructura del libro está constituida por cuatro partes que según el autor obedecen más a una selección temática que a un orden cronológico.

En la primera parte, correspondiente al capítulo 1, Archila describe "el contexto general de la formación de la clase obrera" a partir de procesos

tales como el desarrollo agroexportador, la industrialización, la modernización estatal, la urbanización y la formación de "espacios obreros". Como punto de referencia temporal se toma el período comprendido entre 1910 y 1945 puesto que, según el autor, ha sido aceptado por todos los historiadores de la clase obrera como el período clave de su constitución.

La segunda parte -capítulos 2,3 y 4 - está centrada en la exposición de las experiencias obreras en el trabajo, la vida cotidiana y medios sociales más amplios como la ciudad y la región. Su propósito, en palabras textuales del autor, es "descubrir los sutiles mecanismos de dominación y resistencia". En estos tres capítulos se describe el proceso de formación de la clase obrera a partir de tres ejes centrales: 1. las herencias y características de la primera generación de obreros 2. Las experiencias cotidianas de los obreros en los lugares de trabajo y 3. El uso del tiempo libre. En este último se destacan, por unaparte, la mezcla de valoresmoralescatólicosy valores burgueses en la visión y en los controles que las "élites" introducen en el uso del tiempo libre de los obreros, y por otra, la pervivencia de tradiciones populares y artesanales en las formas como los obreros utilizan su tiempo libre, pervivencias que Archila interpreta como mecanismos de "resistencia a la explotación y a la proletarización".

La tercera parte -capítulos 5,6 y 7- consiste en una "reconstrucción de las principales etapas en las luchas de la clase obrera en su proceso organizativo". Cada uno de los capítulos describe una etapa de la lucha obrera en un período determinado y se hallan encadenados de manera secuencial: 1. "Exigiendo un trato justo: 1910-1930"; 2. "Las ilusiones de la reforma social: 1930-1938"; 3. "La orfandad de la clase obrera: 1938-1945".

La cuarta parte -capítulo 8- Condensa el núcleo temático del libro: **la construcción de la identidad obrera**, que Archila define así:

"La construcción de la identidad es algo que hace la clase misma, pero ubicada en determinadas condiciones materiales, y por presión de imágenes externas fruto del mismo conflicto social. Es algo que se alimenta de las culturas populares regionales, pero con las particularidades que los trabajadores asalariados aportan. La construcción de la identidad, en fin, es un proceso creativo en el que tanto los individuos como los grupos locales y regionales colaboran"... La identidad de la clase fue presionada tanto desde fuera, como desde las necesidades de los trabajadores" (pp.30).

Comparto la observación de Pecaut, en el prefacio del libro, en el sentido de que "La originalidad más notable de la obra reside en el relieve dado a los modos de sociabilidad y de cultura en el momento de describir la vida de los trabajadores" y que en su tratamiento se advierte la influencia de la historiografía anglosajona sobre la clase obrera y en particular "la sombra

tutelar de Thompson y Hobsbawm", cuyas obras, como se sabe, han tenido una incidencia notable en la renovación de los estudios históricos sobre la clase obrera y los trabajadores en general.

Cabe destacar el esfuerzo del autor por evitar las aplicaciones mecánicas de los enfoques de los historiadores británicos así como la polémica que entabla con las concepciones marxistas que han sobrevalorado el peso de lo que Archila denomina la "exteraalidad" en la formación de la conciencia de clase. Aunque, por razones que se expondrán más adelante, son discutibles algunos de los argumentos expuestos, la polémica sugerida es un valioso intento de ir más allá de la descripción histórica de los procesos de formación de la identidad de clase obrera colombiana y de retomar interrogantes teóricos que a la luz de las modas intelectuales de hoy podrían parecer anacrónicos.

Una segunda virtud del libro es la comparación establecida entre los procesos de formación de la identidad obrera en Bogotá, Medellín, Barranquilla y Barrancabermeja, comparación que permite captar el peso de los factores regionales y locales en las actitudes, los estilos de vida y los símbolos que van identificando la aparición de una clase obrera frágil y muy fragmentada. Quizás solo hasta la formación de la primera confederación sindical se puede hablar de clase obrera nacional.

Infortunadamente aún son muy escasos los estudios monográficos sobre la formación de la clase obrera en los principales centros urbanos e industriales y en los diferentes sectores económicos de tal suerte que los análisis comparativos que permitirían establecer generalizaciones con fundamentos más sólidos son prácticamente inexistentes. En este sentido el libro de Archila constituye un buen punto de partida.

La importancia conferida a los ámbitos regionales y locales obedece a la acertada crítica de aquellos estudios que veían a la clase obrera como si desde su origen hubiera sido una clase nacional. A diferencia de esta visión, en la que predominan las intenciones políticas, el punto de partida de Archila es la descripción de las singularidades de la formación de la clase obrera y de sus identidades locales en aquellos centros en los cuales se desarrollaban procesos industriales y regionales importantes en las primeras décadas de este siglo, a saber: Barranca (petróleo), Barranquilla (transportes), Medellín (industria textil) y Bogotá (capital política y lugar de mayor concentración obrera). A su vez, en estos cuatro epicentros obreros, de muy diversa escala por cierto, tenían expresión lo que Archila llama "culturas populares importantes": la cundiboyacense, la costeña, la antioqueña y el "cosmopolitismo" o la "cultura popular radical" propia de Barrancabermeja.

Aunque el peso concedido a las peculiaridades locales y regionales en

la formación de la identidad obrera constituye un rasgo novedoso y un aporte significativo a la comprensión de la formación de la clase obrera colombiana, cabría esperar que se hubieran indagado más las posibles influencias que en la formación de la identidad obrera tuvieron los factores propios del "mundo laboral": grados de división y organización del trabajo, condiciones y relaciones laborales, oficios y niveles de calificación, diferencias salariales, tipos de empresarios y modalidades de gestión, etc... Este ángulo aportaría un mayor conocimiento sobre la "materialidad de la clase" que Archila reconoce como importante pero a la que alude de manera tangencial.

En la Introducción Archila establece las claves conceptuales de su exposición, a saber: qué entiende por **Obreros** y por **Clase Obrera**; por qué utiliza el concepto de "**Élites**" y descarta los de "burgueses y terratenientes" para denominar a las clases o sectores dominantes en la Colombia de las primeras décadas de este siglo; cuáles fueron las razones que lo condujeron a descartar el uso de conceptos tales como "**Conciencia de Clase**", "**Ideología**", "**Mentalidad**" y "**Cultura Obrera**" y a escoger "...la variable explicativa **Identidad** como núcleo explicativo de la formación de la clase obrera colombiana...".

La definición del enfoque del trabajo está sustentada en una revisión crítica y sucinta de las corrientes historiográficas que se han ocupado de la formación y el desarrollo de la clase obrera y en el señalamiento de las limitaciones de los estudios colombianos sobre el tema. A lo largo de su introducción el autor polemiza, entre otras, con las concepciones de Lenin, Luckács y Hobsbawm en aquello que, en su opinión, tienen en común como limitación: la diferenciación entre "conciencia empírica o inmediata" (expresada en el economicismo o el sindicalismo) y "conciencia de clase" o "conciencia atribuida", la cual implica un cierto distanciamiento de la experiencia cotidiana, un proyecto de sociedad y, en el caso de la concepción leninista, la identificación entre "conciencia verdadera" y "partido de vanguardia".

Con cierta razón Archila critica la sobrevaloración de la "conciencia adscrita" por parte de muchos autores marxistas así como la sospecha que hicieron recaer sobre la "conciencia espontánea" y el peso preponderante que generalmente atribuyeron a las influencias externas en el proceso de formación de la conciencia de clase en detrimento del análisis de los factores internos de la clase misma. No obstante, la obsesión por encontrar los procesos y factores que permitirían explicar la formación de la identidad obrera a partir de la clase misma y superar el excesivo peso que la "externalidad" ha tenido en buena parte de los estudios marxistas, se ve atenuada e incluso contradicha por su propia descripción histórica en la cual abundan los datos y los ejemplos de influencias externas a la clase misma: herencias de tradiciones del artesanado y del radicalismo liberal,

influencias del lenguaje cristiano y católico y fuerte incidencia de las corrientes socialistas y anarquistas.

Uno de los ejemplos más ilustrativos de esta observación es el peso de la "prensa obrera" en la formación de la identidad de la clase, prensa que, como Archila mismo lo advierte, "no era hecha por obreros sino para obreros". Por lo demás, es esa "prensa obrera", escrita por artesanos, políticos e intelectuales no obreros, una de las principales fuentes utilizadas por el autor para analizar la formación de la "identidad obrera" debido a su riqueza "en autoimágenes, tradiciones y nuevos valores así como en organizaciones y conflictos..." (pp.32). Otro ejemplo significativo es el de las fiestas y rituales que, como el Primero de Mayo, constituyen una de las expresiones importantes de la identidad obrera y que, como bien sabe, provenían de las experiencias de la clase obrera en otras latitudes y fueron implantadas en Colombia por iniciativa de los núcleos de activistas e intelectuales de izquierda. Que los obreros cantaran inicialmente el himno de la Revolución Francesa y, luego, el himno de "La Internacional Socialista", son indicios evidentes de influencias externas. Por último, ha sido muy documentado el papel desempeñado por los núcleos de intelectuales y activistas socialistas, radicales y anarquistas en la formación de los primeros sindicatos y en la elaboración de los programas, la propaganda y los símbolos de la clase obrera colombiana.

Sin duda la preocupación por examinar "la participación de los sujetos en la construcción de su conciencia de clase", tiene un valor heurístico que se advierte en el conjunto del libro y particularmente en los capítulos sobre "La vida cotidiana en los sitios de trabajo", "El uso del tiempo libre" y el capítulo de síntesis denominado "De pobres a obreros: la construcción de la identidad". Con todo, lo que se concluye de la exposición histórica de Archila y a partir de múltiples estudios y debates sobre el tema en cuestión es que las fronteras entre lo externo y lo interno en la formación de identidades, mentalidades, culturas y estilos de vida son generalmente muy fluidas y que el mayor o menor peso de uno u otro tipo de factores, en uno u otro momento del transcurso histórico, no es una petición de principio sino una cuestión sujeta a la constatación empírica. Resulta entonces desconcertante y un tanto confusa la manera como Archila resume el enfoque de su trabajo:

"En síntesis, para culminar estas reflexiones teóricas, hemos encontrado en el estudio de la identidad de clase una alternativa explicativa de los comportamientos en la formación de la clase obrera. La conciencia, aún en sus versiones no leninistas, requiere de una cierta externalidad con relación a la experiencia. Algo similar ocurre con la ideología, con la complicación adicional de remitirnos al mundo de las ideas. En América Latina es difícil hablar de culturas "obreras", por lo que hay que recurrir a las culturas populares. Pero por su amplitud se requiere de elementos de

identidad propiamente obreros para entender los comportamientos de ellos. Recientes trabajos sobre los trabajadores latinoamericanos así lo sugieren. **La identidad de clase fue presionada tanto desde fuera, como desde las necesidades de los trabajadores. Por ello, para éstos, fue la alternativa de pertenencia social más totalizante en la primera mitad del siglo XX**". (pp.31)

La argumentación de Archila con respecto al uso del término "Élites" como sustituto de "burgueses o terratenientes" consiste en señalar que los burgueses y terratenientes colombianos de las primeras décadas de este siglo "...no tenían una identidad de clase definida..." (pp.19). Esta afirmación, que Archila no sustenta, resulta cuestionable si se examinan los discursos, las actitudes, los negocios y las formas de vida de los terratenientes, de los primeros empresarios industriales y del grupo denominado "burguesía agroexportadora". Aunque ciertamente la burguesía colombiana no era en ese período una clase plenamente formada y con una fuerte autoidentificación, sus intereses económicos, su mentalidad, su estilo de vida y sus relaciones con el conjunto de la sociedad ya eran visibles y comenzaban a diferenciarse del tradicional mundo de los terratenientes.

Por otra parte, si el concepto de **Clase** solo pudiera usarse para denominar a grupos sociales con una identidad claramente definida, resulta incomprensible que en este libro se lo emplee para referirse a un pequeño núcleo de asalariados que a duras penas se diferenciaba del resto de los trabajadores y del artesanado y que, como Archila mismo lo muestra, estaba aún muy lejos de conformar un grupo importante y con identidad propia. Resulta también discutible el uso de un concepto que como el de "élites" ha sido utilizado principalmente por la sociología norteamericana para denominar jerarquías políticas y gremiales, incluida la élite obrera, que en modo alguno podría sustituir la caracterización de las "clases sociales dominantes" en un período de cambio estructural.

Otra hipótesis discutible y sin sustentación factual es aquella de que "a medida que los asalariados van construyendo su identidad, también los sectores de las élites se ven obligados a hacerlo, con resultados diversos...". Posiblemente obedece a que el núcleo de la documentación está basado primordialmente en las fuentes que reivindican los intereses, las luchas y el devenir revolucionario de los obreros así como en aquellas que arrojan indicios sobre la autopercepción de los obreros sobre su condición social. Aunque se utilizan fuentes que permiten examinar algunos rasgos de las "élites" en lo que respecta a su percepción y su conducta frente a la cuestión obrera, Archila reconoce la limitación de su obra en este aspecto:

"...Desafortunadamente, por la especificidad de nuestro tema de investigación, no podremos prestarle atención a los procesos de identificación de otras clases..." (pp.19). Por lo demás, la supuesta dependencia de la identidad de las "élites" con respecto a la de los obreros no solo podría ser

desmentida por innumerables evidencias empíricas sino que el propio autor se encarga de matizarla cuando advierte que las primeras formas de identidad de la clase obrera fueron "contra-imágenes" o "imágenes alternativas" a las difundidas por las "élites".

Como toda obra de investigación importante el libro de Archila no solo aporta nuevos ángulos y valiosas fuentes documentales sino que sugiere líneas de investigación y nuevos interrogantes que han sido ignorados o muy poco atendidos por los historiadores y los científicos sociales colombianos. En estos momentos de euforia "Neoliberal" y de olvido de lo "social", el libro *"Cultura e Identidad Obrera"* constituye un buen estímulo para el desarrollo de las investigaciones sobre las clases y los movimientos sociales que han tenido una considerable influencia en el siglo XX colombiano.